

# ANNA TODD

LANDON 

AHORA Y SIEMPRE

NO LO  
OLVIDARÁS



UN FENÓMENO  
**wattpad**

 Planeta

ANNA TODD

# LANDON. AHORA Y SIEMPRE

Traducción de Vicky Charques y Marisa Rodríguez

 Planeta

Título original: *Nothing Less*

© Anna Todd, 2016

La autora está representada por Wattpad.

Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Traducciones Imposibles, S. L., 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Imágenes del interior:

Página 385: © Megainarmy, Shutterstock; Página 386 y 387: © Elena Schweitzer, Shutterstock;

Página 388: © PattyMa, Shutterstock; Página 390-391: © Volina, Shutterstock; Página 389, 392

y 393: Shutterstock.

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16303-9

Depósito legal: B. 20.336-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## UNO

*Landon*

Sostengo en los brazos la tarta de cumpleaños de Ellen, listo para llevarla abajo. Nora está junto a la puerta, despidiéndose con la mano de Posey y de Lila. Observo cómo introduce los pies, cubiertos con sus calcetines de pizzas, en un par de deportivas blancas sencillas.

—¿Ya estás? —le pregunto.

Apoyo la tarta en la mesa roja del recibidor y ella asiente.

Ha estado muy callada desde nuestra charla en el cuarto de baño, y ahora no sé cómo empezar una conversación con ella. Accedí a no intentar «arreglarla», a no presionarla para conocer sus secretos ni ayudarla a soportar su carga. Me ha advertido una y mil veces que no es buena para mí, que no puede ser lo que yo necesito que sea.

¿Cómo es eso posible, si no tengo ni idea de lo que necesito?

Lo único que sé es que disfruto de su compañía y que quiero conocerla más. Me parece bien que vayamos despacio; los mejores regalos suelen ser aquellos que más se tarda en abrir.

Recojo la tarta y, sin hablar, sigo el camino hasta el ascensor y pulso el botón. El sonido del elevador mientras sube las plantas es lo único que se oye en el silencioso descansillo.

Cuando entramos en el reducido habitáculo, Nora se sitúa lo más lejos posible de mí.

Le permito que tenga su espacio e intento no mirarla mientras ella me observa. Noto sus ojos fijos en mí, pero está claro que hoy no tiene ganas de hablar.

A pesar de estar sosteniendo la tarta, noto un vacío en mis brazos; es como si les faltara algo. ¿Nora, tal vez? Cada segundo que paso con ella tengo la sensación de estar perdiendo el control de mi propio cuerpo. Nora se lleva los dedos a la punta de la trenza y mi mirada se encuentra con la suya. El ascensor no se ha movido desde que entramos en él. Ni siquiera sabría decir cuánto tiempo hemos estado aquí de pie; parecen minutos, pero probablemente hayan sido sólo unos segundos.

Me sostiene la mirada, estudiándome, intentando descifrar algo.

«No soy yo el que tiene secretos», quiero decirle.

Pienso en Dakota y en el tiempo que pasamos juntos anoche. Pienso en lo avergonzado y lo culpable que me sentí cuando fui incapaz de... cumplir. Pienso en lo mal que me sentí cuando me encontré el cuarto de baño vacío. Mi ex se había marchado por la escalera de incendios. Sólo ha pasado una noche, y aquí estoy, con Nora, deseando estar cerca de *ella*.

Supongo que yo también tengo secretos.

—¿Se ha averiado? —pregunta Nora, y vivo un instante de pánico al pensar que está hablando de mi polla.

Cuando me doy cuenta de que se refiere al ascensor, me dan ganas de echarme a reír.

—No lo sé. —Pulso el botón del bajo una vez más.

Acto seguido, se oye un timbre y la puerta se abre y se cierra. El habitáculo empieza a moverse, y me encojo de hombros. ¿Había olvidado pulsar el botón? No lo sé.

Cuando llegamos a la planta baja, dejo que Nora salga del ascensor primero. Su codo me roza el brazo, y me aparto para darle espacio. Siento su calor en mi piel, y, por un momento, me gustaría vivir en otra realidad. En una dimensión en la que puedo tocar y abrazar a Nora. En ese mundo, ella confía en mí y comparte conmigo partes de sí misma que nadie más ve. Ríe sin vacilar y no intenta esconder nada.

Pero ese mundo imaginario perfecto se desvanece con cada silencioso paso que avanzamos por el edificio de mi apartamento.

—No le he comprado a Ellen ningún otro regalo —recuerdo en voz alta.

Nora se vuelve y reduce el paso hasta que llego a su lado.

—Seguro que esta tarta casera y tu tiempo son un regalo más que suficiente. —Inspira—. A mí me encantaría que me hicieran un regalo así —añade, y continúa caminando.

Cuando dice ese tipo de cosas, llena mi mente ya aturullada de confusión.

—Pero ¿no decías que no te gustan los cumpleaños? —pregunto, sin esperar, pero deseando, que me dé algún tipo de explicación.

Su cumpleaños es la semana que viene, pero me ha hecho prometerle que no haría nada para ella.

Me está haciendo prometerle muchas cosas últimamente. Sólo la conozco desde hace unas semanas y ya le he prometido demasiado.

—Y no me gustan.

Nora abre la puerta de la calle y la sujeta para que pase.

En lugar de preguntarle por qué, decido hablar de mi recuerdo de cumpleaños favorito.

—Cuando era pequeño, mi madre siempre hacía de mi cumpleaños un gran acontecimiento. Lo celebrábamos durante toda la semana. Me preparaba mis comidas favoritas y nos quedábamos despiertos hasta tarde todas las noches.

Nora me mira. Nos estamos acercando a la puerta de la tienda de la esquina. Una pareja cogida de la mano pasa por nuestro lado, y eso me lleva a preguntarme si Nora habrá tenido algún novio formal. Me saca de quicio no saber nada de esta mujer. Tiene veinticinco años. Debe de haber salido con alguien en el pasado.

—Me preparaba cupcakes en conos de helado y los llevaba al colegio. Creía que así les caería bien a los otros niños, pero sólo hacía que se burlaran aún más de mí —le digo al recordar mi primer año de instituto, cuando nadie de mi clase tocó siquiera sus pasteles cubiertos de coloridos fideos de azúcar.

Nadie excepto Dakota y Carter. De modo que los tres intentamos comernos todos los que pudimos de camino a casa para que mi madre creyera que a toda la clase le había encantado su regalo y había celebrado mi cumpleaños conmigo.

Cuando llegamos a nuestra manzana, aún nos quedaban cinco en la bandeja. Acabamos dejándolos en un madero que había a la entrada del Territorio, una zona bosco-

sa habitada por drogadictos y personas sin hogar; gente con estómagos vacíos y vidas vacías, y nos gustaba pensar que aquel día, al menos, habíamos alimentado a cinco de ellos.

—Yo me habría comido uno —me dice Nora con la mirada perdida.

No me da ninguna explicación de por qué detesta su propio cumpleaños, y tampoco espero que lo haga. No es por eso por lo que he compartido una parte de mi pasado con ella.

Abre la puerta de la tienda haciendo sonar la campanilla. La sigo adentro y río cuando Ellen nos ve, tarta en mano, y se esfuerza por contener una sonrisa.





## DOS

—Ha sobrado un montón de tarta —dice Nora mientras se lleva un tenedor de plástico lleno a la boca.

Unas migas de bizcocho y de cobertura verde caen sobre la mesa. Resulta que a Ellen no le gustan mucho los dulces. Cuando me he lamentado por no haberle llevado un ramo de flores en lugar de la tarta, ha señalado que es una adolescente y que no le gustan las flores. Pero, en serio, ¿cómo puede no gustarle la tarta? No sé qué clase de bicho raro será, pero no tengo ningún problema en comérmela yo por ella.

A pesar de que detesta la mayoría de las cosas, ha disfrutado de nuestra compañía. Aunque intentaba no sonreír, no lo ha conseguido, y los tres lo hemos pasado bien. Nora ha cambiado el cartel de ABIERTO a CERRADO y le hemos cantado el *Cumpleaños feliz*. Hemos descubierto que soy un cantante pésimo. Aun desafinando y sin velas, nos hemos asegurado de hacerle saber que nos importaba que fuera su cumpleaños.

Nora ha sintonizado una emisora de música pop en la radio de su móvil y Ellen ha hablado más con ella que conmigo en todo el tiempo que la conozco. Nuestra fiesta improvisada sólo ha durado una media hora. A Ellen la ponía

nerviosa que la tienda estuviera cerrada, y yo tenía la sensación de que estaba cansada de hablar de sí misma. Para mi desgracia. He comprobado con demasiada frecuencia que las personas que no quieren hablar de sí mismas son con las que más quiero hablar yo.

—Más para nosotros —digo, y cojo otro tenedor de la encimera de la cocina y lo hundo en una esquina de la tarta.

Nora está sentada en la silla que hay a mi lado, con una rodilla apoyada en el asiento. Las pequeñas porciones de pizza de sus calcetines son estrafalarias y adorables a partes iguales. Alargo la mano y le toco la parte superior del pie con la punta del dedo.

—¿Y esto? —le pregunto.

Se lame los labios.

—La vida es demasiado corta como para vestir calcetines aburridos. —Se encoge de hombros y se lleva el tenedor lleno de tarta a la boca.

Observo mis propios calcetines, con los talones y las puntas de los dedos grises. Uf. Qué aburridos. Y encima de tubo. Ya nadie lleva calcetines de tubo.

—¿Es el lema de tu vida? —pregunto.

Ella asiente en respuesta.

—Uno de ellos —dice con la boca llena.

Se ha manchado los labios de cobertura, y desearía que estuviéramos en una comedia romántica para poder alargar la mano y limpiársela con el dedo. Ella se pondría toda sentimental, los dos sentiríamos mariposas en el estómago, y entonces se inclinaría hacia mí.

—Tienes cobertura en los labios —digo, haciendo precisamente lo opuesto a un gesto romántico.

Ella se pasa el pulgar para limpiarse, pero se le escapa precisamente esa parte.

—¿No vas a limpiármela tú? En las películas, ésta sería la ocasión perfecta para darse un beso.

Ha pensado lo mismo que yo y, por algún motivo, me gusta el consuelo que eso me hace sentir.

—Estaba pensando en eso. Si esto fuera una película, me inclinaría y te la limpiaría —digo sonriendo.

Nora sonrío también, con los labios aún manchados.

—Y después te lamerías el dedo, y yo me quedaría observando cómo se separan tus labios.

—Y yo no dejaría de mirarte —digo.

—Yo suspiraría mientras tú te lames el dedo, sin interrumpir el contacto visual.

Siento un cosquilleo en el estómago.

—Tú tendrías mariposas en el estómago.

—Unas mariposas furiosas y salvajes que me harían sentir que me estoy volviendo loca. —Nora me mira a los ojos.

Está sonriendo, y es, sencillamente, preciosa.

—Yo te diría que aún tienes un poco y me inclinaría de nuevo. Tu corazón latiría muy deprisa.

—Tan deprisa que podrías oírlo.

Repito sus palabras, perdido en ellas:

—Tan deprisa que podría oírlo. Y te acariciaría la mejilla.

El pecho de Nora se hincha y se deshincha despacio.

—Yo te lo permitiría.

—Cerrarías los ojos como lo haces cada vez que te toco.

Nora parece sorprenderse cuando le digo esto, como si no fuera consciente de que lo hace.

Me quedo mirando su boca mientras habla, preguntándome qué estará pensando.

—Entonces tiraría de ti hacia mí y me lamería los labios —añade a nuestro pequeño relato.

Mi corazón bombea de manera tan frenética que oigo la sangre que corre por detrás de mis orejas. Inspiro hondo. Nora se ha aproximado. Creo que ni siquiera es consciente de ello.

—Y yo te rozaría los labios con los míos. Al principio lo haría con tanta suavidad que ni siquiera lo notarías. Después, mi lengua se abriría paso entre los tuyos y te besaría.

Nora tiene los ojos entornados y fijos en mi boca.

—Me besarías como si nunca me hubieran besado, y probablemente nunca lo hayan hecho, no como tú lo harías. Sería como si fuera mi primer beso, aunque no lo fuese —dice con un hilo de voz, y no puedo no besarla.

Me inclino más hacia ella. Apenas nos separan unos centímetros.

—Nunca te han besado. —Ahora la tengo tan cerca que noto su aliento en mis mejillas—. No como te besaría yo. Olvidarías todos los besos anteriores al mío. Absolutamente todos.

Inspiro hondo y sus labios se pegan a los míos antes de que me dé tiempo a exhalar. Saben a cobertura. Siento su lengua caliente en mi boca y sus manos se hunden en mi pelo con avidez. Tirándome de las raíces, me estrecha contra sí con fuerza.

Con los dos pies apoyados en el suelo, rodeo su cuerpo con los brazos y la traslado de su silla a la mía. Se sienta a horcajadas sobre mi regazo. Me está besando como si nun-

ca me hubieran besado y quiero olvidar absolutamente todos los besos anteriores a ella.

Su cuerpo suave se mece contra el mío mientras me muerde el labio. Noto que se me pone dura debajo de ella, y me sorprende no sentir ni la más mínima vergüenza. Capto el momento exacto en que lo nota. Saboreo su gemido mientras rodea mi cuello con los brazos. Corrige su postura sobre mí para sentir mi roce contra ella. Sus pantalones son muy finos, y mi pantalón de chándal difícilmente oculta nada.

Cuando se mece contra mí y noto cómo restriega su sexo contra mi erección, no puedo evitar gruñir de placer. Su tacto es maravilloso, incluso estando vestidos del todo.

Joder, me estoy volviendo loco. Ahora me está besando el cuello. Su boca sabe muy bien dónde tiene que besar, dónde tiene que lamer, y conoce el punto exacto de mi nuca donde tiene que chupar. La agarro de las caderas y se las aprieto con suavidad, guiándola para que me roce justo donde necesito que lo haga.

Se mueve de una manera tremendamente sexi. Es una diosa, simple y llanamente. Es una diosa, y yo soy un cabrón con suerte por estar aquí con ella en este mismo momento. En definitiva, esta cocina tiene algo que nos vuelve locos el uno por el otro. Jamás habría pensado que la noche iba a dar este giro.

Pero, desde luego, no me quejo.

Nora aparta la boca de mi cuello, deslizando todavía su sexo contra mi polla.

—Joder, ojalá no fueras el compañero de piso de Tessa. Me chupa de nuevo la piel, y entonces se detiene.

Le aprieto las caderas y habla de nuevo:

—Te follaría, joder, si no fueras su compañero de piso te follaría ahora mismo.

El familiar cosquilleo de un orgasmo asciende por mi espalda al oír sus palabras. Es tan sexi, y está tan abierta... Me vuelve loco.

Estoy absolutamente loco por ella.

—Podemos fingir que no lo soy —digo, medio en broma. Ella se ríe y se restriega contra mí.

—Voy a correrme, joder, Landon. Esto... no... cuenta... —dice con una voz gutural y sensual, y yo apenas puedo respirar mientras me monta y empuja sus caderas contra mi cuerpo.

Traslado las manos a su espalda para estabilizar sus rápidos movimientos. Y, antes de poder evitarlo, me encuentro también a punto. No quiero pensar en ello, no quiero que mi mente me fastidie este momento. Sólo quiero sentirla. Sólo quiero hacer que se corra y unirme a ella en su éxtasis.

—Yo también, yo también voy a correrme —digo contra su cuello.

Ojalá se me diesen tan bien las palabras como a ella. La beso donde el cuello se une al hombro, sin saber muy bien qué es lo que estoy haciendo, pero el sonido que emite mientras se corre contra mí me indica que he hecho algo bien.

Mi mente se queda en blanco. Ahora sólo hay sensaciones. Soy un mar de sensaciones, y a ella se le da fantásticamente bien silenciar mi cabeza, y esta sensación es maravillosa. Nora es maravillosa, sobre mi cuerpo, y en mi mente frenética.

Cuando desciende, su cuerpo se ralentiza y su respiración se relaja. Apoya la cabeza sobre mi hombro y siento la humedad entre nuestros cuerpos, pero a ninguno de los dos parece importarnos.

—Eso ha sido... —empieza—. Yo...

De repente, el ruido de la puerta de entrada interrumpe sus palabras.

—¿Landon? —La voz de Tessa llega desde el otro lado del pasillo, atraviesa nuestra respiración agitada y corta de cuajo nuestros eufóricos pensamientos.

—Mierda —masculla Nora mientras se aparta de encima de mí de un salto y pierde el equilibrio.

La agarro del codo y evito que se caiga al suelo.

Me levanto, y la mirada de Nora se dirige a mi entrepierna. Concretamente, a la mancha de humedad que hay en mi pantalón.

—Corre —me dice, y me apresuro a ir hacia el cuarto de baño.

Tessa entra en la cocina justo cuando llego al umbral y trato de salir corriendo, pero me detiene. Al menos, estoy de espaldas a ella.

—Oye, he intentado llamarte —dice.

No quiero volverme. No puedo volverme.

—Era para preguntarte si podías traerme mis otros zapatos al trabajo. A alguien se le ha caído un recipiente con aderezo de ensalada sobre mis zapatos, y esta noche cierro —dice Tessa con voz tensa.

No necesito mirarla para saber que está estresada, pero no me encuentro en posición de consolarla, ni a ella ni a nadie, en estos momentos. Echo un vistazo a mi alrededor en busca de algo que pueda coger para taparme y darme la



vuelta, pero no hay nada aparte de una caja de cereales Lucky Charms.

—Bueno —añade con voz más calmada—. ¿Qué hacíais?

Cojo la caja de cereales, me cubro la entrepierna con ella y me vuelvo hacia Tessa. Su mirada se dirige directamente a la caja. La sostengo con fuerza.

—Estábamos... —Intento buscar las excusas y las palabras adecuadas, y procuro que mis dedos nerviosos no suelten el cartón.

Tessa mira a Nora y luego vuelve a mirarme a mí.

—Uy, vaya, ¿qué hacéis en la cocina? —pregunta con inocencia.

Busco la ayuda de Nora, pero ella no dice nada. Me hundo con este barco que naufraga, y mi único aliado es el duende de la caja de cereales.

—Pues... —empiezo, todavía sin tener ni idea de qué diablos voy a decirle.

Tessa está de pie en la puerta, con unos pegotes de salsa blanca en los zapatos. No es la única que tiene manchas blancas...

—Estábamos cocinando —digo, y agradezco mentalmente a Tessa que comprase la caja de tamaño familiar de Lucky Charms.

—¿Cocinando? —Ella mira a Nora con una expresión inescrutable.

Nora da un paso hacia adelante.

—Sí, pollo con... —Nora me mira—. ¿Lucky Charms? —Lo dice con un tono tan vacilante que estoy convencido de que Tessa se va a dar cuenta—. Para el rebozado. ¿Como las pechugas de pollo que rebozamos con Frosties de

Kellogg's en el trabajo? Quería probar a hacerlas con Lucky Charms —explica Nora.

Suena tan convincente que casi la creo y, lo que es más importante, Tessa parece hacerlo también.

Nora continúa:

—¿Tienes que volver al trabajo? Venga, vamos a por tus zapatos —dice, y distrae a Tessa.

—Ahora vuelvo —les digo a las dos.

Qué incómodo. ¿Por qué tiene que ser tan incómodo todo en mi vida? Agradecido de que Nora mienta mejor que yo, desaparezco por el pasillo, sin soltar la caja de cereales.

—¿Qué le pasa? —oigo que Tessa le pregunta a Nora.  
No me quedo para escuchar la respuesta.